

VIAJE AL CORAZÓN DE LA MADRE TIERRA. VERANO EN LOS LAGOS, MARGARET FULLER

“[...] poco tengo que decir cuando, por una vez, el espectáculo es lo bastante grandioso como para colmar la vida y desbordar el pensamiento, abrumándonos con su propia presencia...”. La naturaleza imponente irrumpe así en este periplo femenino por los Grandes Lagos de Margaret Fuller, escritora estadounidense, audaz e inconformista, de los principios del siglo XIX.

Su descripción lúcida y realista junto con su mirada introspectiva e íntima nos lleva de viaje por un paisaje fluido y armónico a través de los conocimientos y curiosidades de esta viajera culta e informada, bajo un flujo de conciencia que no desborda nunca en el sentimentalismo convencional o un idealismo exagerado, y que representa la “experiencia instintiva y espontánea, sana y próxima a la tierra” de una mujer de viaje hacia las tierras vírgenes del Lejano Oeste americano.

Es un paisaje sonoro el que queda reflejado en el relato inicial de las cataratas del Niágara, un entorno natural que Margaret percibe a través de los sonidos y de su capacidad perceptual. Son sonidos que generan movimiento, que son “creación constante”, que dan forma al ambiente y al mundo que la rodea y que dan el sentido de la grandeza infinita de la naturaleza. De este modo, la marea fluye e refluye, el viento sopla incesante e infatigablemente y resuena con su himno atronador, las cataratas emiten una música de fondo hasta tener un ritmo propio en “una doble vibración que aviva el oído y el alma”, y el fragor de las aguas se apodera de los sentimientos... Una belleza percibida por sí misma, cuyo conocimiento, canalizado por medio de los cinco sentidos, da lugar a emociones visuales que acompañan la experiencia acústica en este proceso de exaltación de la naturaleza.

La naturaleza se convierte entonces en un elemento a respetar y proteger al mismo tiempo en la cual el hombre-individuo es un ser cuyas sensaciones y emociones se corresponden con los ritmos de la naturaleza, en una fusión espiritual entre el ánimo humano y el ambiente natural. En este camino en contacto con la naturaleza, Margaret consigue “olvidarse del propio y pequeño yo y de la propia y pequeña mente” para buscar una conexión entre el universo y el alma individual.

La naturaleza salvaje, pura y auténtica la sigue en su paseo, hasta Cleveland, donde, al remontar el río St. Clair, ve a los indios por primera vez. La relación que los nativos tenían con la Madre Tierra interesa todos sus sentidos tanto a nivel físico como espiritual. Los indios sienten la tierra respirar, escuchan sus sonidos, tienen una relación profunda e inseparable con ella. De la naturaleza sacan energía espiritual y fuerza vital, ella es origen de la vida misma.

El acercamiento antropológico a los indios incorpora la defensa de los pueblos originarios, que despojados de sus tierras, siguen viviendo en armonía con la

Naturaleza sin necesidad de invadirla, custodios de su patrimonio cultural e impregnados de una profunda religiosidad.

Su “andar salvaje” se contrapone a la “rudeza del colonizador blanco” que, fiel al pensamiento trascendentalista, Margaret critica y condena por “sus costumbres calculadoras, sus modales cautelosos, su amor por la polémica”. Los nuevos inmigrantes, que tanto adoran lo útil, están preocupados por lo que pueden obtener en el nuevo lugar, por sus intereses materiales, puesto que el “trabajador es un verdadero Midas según el oro que produce”. Es una severa crítica a los males del materialismo, del comercio y de la moda frívola y monótona, frente al que muestra la superioridad del espíritu y la exuberancia de la naturaleza en estado puro, cuyos amos legítimos son los indios que no han deformado ni agredido esa belleza.

El disgusto de Margaret por el Oeste y su crecimiento vertiginoso, es visceral, expresado de manera cruda y despiadada, sin altisonancia poética: los colonos junto con sus “propósitos sórdidos y costumbres desconsideradas” han estropeado el sentido del paisaje y usurpado esta tierra en nombre de una civilización y una religión superior. El hombre blanco, hombre de acción, centrado en ganarse la vida hasta olvidarse de vivirla, es arrogante y codicioso, cerrado y egoísta, es el autor de una civilización mercantilista, de un mundo totalmente “cosificado” en el cual la “masa nunca se humaniza” y la conciencia individual está destinada a perderse.

El tono menos pesimista recobra vida después de dejar las hermosas flores y la luz de la luna de Chicago, cuando sus andanzas bohemias la llevan a adentrarse de nuevo en el campo, donde es fácil perder el rumbo, y “la belleza exuberante vuelve atractivo el camino”. La región del río Rock captura su interés por su belleza inmaculada, en estado salvaje, cuyo suelo está repleto de las huellas de los indios. Y el viaje intelectual, a la búsqueda y conocimiento de culturas y lugares diferentes, se hace itinerario a través de la geografía existencial, hallazgo del mundo geográfico y de sí misma, en una dialéctica existencial entre el mundo externo y el de los sueños. Es un nomadismo intrínseco a través de la realidad del otro, pasando por las páginas más crueles del imperio americano, que se ha apoderado indebidamente de una tierra que no le pertenecía, hasta llegar al amor materno de la Naturaleza, fuente de conocimiento y belleza.

En este marco de protesta y denuncia, las mujeres de los colonos, simples “adornos de sociedad”, tienen escasa aptitud para su nuevo papel y están obligadas a luchar contra los hábitos mentales heredados por sus madres. “Si las niñas crecen fuertes, delicadas y libres para ejercer sus facultades, sus madres lamentan su falta de delicadeza. Cuando las ven alegres, emprendedoras y dispuestas a revolotear de un lado a otro para aprender de todo un poco, las señoras se quejan de que no van a la escuela, donde aprenderían a estar calladas”. Como pionera del feminismo, Margaret Fuller es una de las precursoras de la educación de las mujeres, luchando contra los papeles estereotipados femeninos de su época. Defiende la necesidad de

romper las barreras de género impuestas así como los derechos de la mujer y su individualidad que le permitirá ser “una chica instruida para llevar una casa bella y cómoda, con la fuerza física que le permita disfrutar de mucho ejercicio, y hallará suficiente felicidad en el bosque, los arroyos, unos pocos estudios, la música y un trato familiar y sincero”. Su relato es una invitación a reflexionar sobre la condición de la mujer, sobre su vida de puertas para adentro, en un espacio cerrado, fijo e inmóvil. En este sentido, el viaje de la escritora es aún más rompedor: sale de la esfera doméstica denunciando la injusticia de una subordinación parecida a la de los esclavos o los indios, para iluminar ese espacio donde la mujer puede tener voz propia, transformándose en un sujeto activo con una identidad que empieza a manifestar su autonomía.

“Nuestra estrella dice que, al ser aquí todos los hombres libres e iguales, cada uno de ellos debe poder procurarse la libertad y la independencia con sus propios medios, dondequiera que lo lleve la tornadiza corriente de nuestro poderoso río”. Las mujeres también deben de ser dueñas de su destino, expresar su esencia, valorar sus experiencias y encontrar su posición en el mundo.

Descripciones y reflexiones de una mujer eclética y rompedora se unen en este relato para dar vida a un diario de viaje que denuncia abierta y radicalmente las injusticias, la discriminación y los prejuicios, así como la violencia y la destrucción cultural de los nativos americanos; que relata un viaje que es metáfora de vida, aventura, exploración de la identidad sexual, cruce de las fronteras y de los espacios masculinos y femeninos; que reflexiona sobre la condición de la mujer y de la necesidad de tomar la palabra para cambiar las costumbres de la sociedad, para obtener su reconocimiento personal y de su capacidad intelectual, y debelar el papel de ama de casa en vista de su afirmación como ser pensante de la sociedad; que es un itinerario por las entrañas de la naturaleza en la tentativa de unir el microcosmos personal con el macrocosmos universal en perfecta armonía con la Madre Tierra; es también la mirada de una mujer que observa el proceso de construcción de su nación, condena el progreso y el capitalismo, que vuelve al hombre arrogante y le separa de la naturaleza y de la religión. Es una mirada que intenta dismantelar prejuicios y estereotipos hasta establecer una alianza entre indios y mujeres, ambos excluidos o relegados a los márgenes de las comunidades por su identidad étnica o de género.

Margaret Fuller no habla desde un lugar periférico, es dueña de sí misma, desafía el aparato ideológico y las instituciones de la sociedad patriarcal y, de forma muy actual, reivindica un mundo más justo e igualitario para todos.